

Eugenia Brito. *VEINTE PÁJAROS*. Santiago: Jámpster, 2023: 40 pp.

Existe una edición cartonera publicada en 2019 de este mismo libro por la Jovita Cartonera, que dirige Elizabeth Cárdenas. Esta edición de Jámpster se encuentra corregida, según me comentó su autora, y es fácil notar que goza de buena salud y se encuentra plenamente vigente. Encontramos en este libro un poemario que grita a todo pulmón como un bebé que acaba de nacer o pía como un polluelo hambriento un canto desesperado que necesita ser oído.

El número veinte, dice la numerología, representa la necesidad de lograr el equilibrio entre la sabiduría y la fuerza en la vida. *Veinte pájaros* nos cuenta, en un lenguaje poetizado, la ruptura del equilibrio natural a manos del hombre en su intervención industrial sobre el territorio sudamericano. Versa el primer poema “graznan y agitan sus alas / en sonidos agudos y compactos / cuando la máquina cae sobre su lomo/ y su arista / corta los tendones y las garras / una mirada abre una recta / un foco imperial y genocida” (7). El hablante de este poemario narra la extinción de los hielos desde el ojo de veinte pájaros, así como también el convertimiento de la tierra desde valle fértil a espacio árido, que trae como consecuencia la muerte del polluelo, del niño desprotegido en esta tierra seca y violenta donde le toca nacer. *Veinte pájaros* interpreta, así, la agonía del mundo, su derrumbe.

Los pájaros son los hacedores del tiempo, ven el pasado, el presente y el futuro, vaticinan en su vuelo y en su canto los males de todos los tiempos en un aleteo de alas, en una melodía misteriosa e inaudible para el hombre. El número veinte en el poemario de Brito puede asociarse a un panorama poetizado de lo que el siglo XX ha traído al mundo, con sus guerras, con la devastación nuclear, la contaminación de los suelos y mares a escala global. Los referentes usados son explícitos en esta dirección. Es conocido por todos nosotros el impacto que han tenido sobre el medio ambiente proyectos industriales como el de Pascua Lama, a cargo de la corporación minera canadiense de la Barrick Gold, que tiene proyectos de explotación en dieciocho países y que, en nuestro caso, ha destruido glaciares y usurpado territorios ancestrales, esa misma Barrick Gold dedicada a la extracción de oro. Oro, sí, ese viejo hambre que tenía pegado como una enfermedad el colonizador español. El poema de la página 18 menciona “destellos ominosos en el aire de cianuro y mercurio desde Pascua Lama, aves envenenadas por la Barrick Gold”. Así, el poemario nos traza subjetivamente las llagas que ha dejado el siglo pasado sobre el aire, la tierra y los mares. Del mismo modo, nos vaticina la caída del hombre en una tierra yerma, así como ocurrió en el pasado,

como notamos en la referencia a Mama Ocllo, madre ancestral de la civilización Inca: “en la tierra que comienza a encostrarse / no vienen los hijos de Mama Ocllo” (12).

También acompaña a la representación del pájaro la del polluelo desprotegido de la mano de sus cuidadores, la de la orfandad del débil, del refugiado, del migrante que se pierde en el mar, entre monstruos y víboras, representaciones con las que se visten la contaminación, la guerra, el hambre y la indiferencia: “Veinte cuerpos ermitaños / alterados por las mutaciones / por el grito amargo de los refugiados y los migrantes / en la balsa de la medusa / ululan” (9). Así también, los pájaros que se mueven y cantan en plural, son la representación del sujeto vulnerable en un mundo hostil.

Casi al final del libro leemos: “y escribió y escribió veinte designios grises. / Veinte aves de cabeza pequeña y fuerte / veinte caracteres para ampliar las notas del amanecer y el folio de los días” (34). La escena final representa una desolación de lo que vendrá y que puede observar el pájaro como mensajero sigiloso del tiempo y conocedor de la fatalidad: “Es el teatro espectral del nido andino volando por la cordillera y por los mares blancos” (35).

La representación de las aves es variada a lo largo de las literaturas y las culturas desde tiempos inmemoriales. Dependiendo de cada cultura el ave transmuta y entrega diversos designios: mensajera bíblica fundamental, domadora del tiempo y la memoria en la cultura nórdica, ordenadora del poder militar y sacro en la cultura mesoamericana de Teotihuacán. Los egipcios representan a Horus como un halcón y a Troth como un ibis, la sabiduría de Atenea era representada por los griegos mediante una lechuza. Durante la Edad Media el emperador Federico II las hizo formar parte de su *Bestiario de Aberdeen*. Así, las aves han sido eternas musas del arte.

Pero no todas las aves son pájaros. Mientras el ave es el conjunto de todas las especies de vertebrados que poseen plumas, el término *pájaro* viene del latín *passer* y alude a un orden específico de aves, las passeriformes, que cuentan con cuatro dedos, tres adelante y uno atrás, son pequeñas y poseen un complejo sistema vocal que les permite un canto elaborado en comparación al resto de las aves. Los pájaros se encuentran diseñados para cantar, cantan una melodía del horror, de la seducción del mal y sus embrujos: dice Brito en su primer poema “letras de aire escrutan el metal / zumban y el sonido de las horas / sube y baja / sobre los hielos los mapas las ciudades” (8). Son avizores de la desgracia, tanto en su canto como en su silencio, transmiten también el hambre de los bosques que huyen y de la estepa desolada, el gorjeo “del niño que se duerme en el amanecer de los estampidos” (17). Nos dice Brito “las plumas blancas escriben por doquier / en la tierra seca / la ficción del tiempo” (23).

El hombre mencionado en el poemario es la destrucción, el animal terrible puesto al servicio del poder insaciable, infecundo e infeccioso que aqueja al mundo como una peste irrefrenable. Cuando leí por primera vez estos poemas recordé las noticias de la pandemia de Covid 19, cuando el hombre se guardó del virus, tuvo miedo de salir a las calles y descendieron animales desde los montes a recorrer alguna ciudad francesa

que no recuerdo, se limpió el cielo y especies en extinción aparecieron a beber de los afluentes de ríos citadinos. Las ciudades se callaron por un breve momento, que no fue más que un aleteo en el tiempo, un breve respiro y la tierra pareció estar demostrando que indudablemente está mejor sin nosotros, sin el hombre bregando en su cuerpo. Del mismo modo, los *Veinte pájaros* de Brito nos dicen que el mundo puede vivir sin sus aviones, sin sus industrias envenenando la atmósfera, sin sus luces de neón ni sus escaparates. Es recurrente en el poemario el uso de palabras como designio, vestigio, presagio, leyenda, grito, graznido, gemido, estampido, estallido, zumbido. Así, el poemario se mueve entre la invocación del pasado, la necesidad de denuncia de la crueldad presente, el futuro nefasto, la nostalgia de los hombres que vivían en comunión con la tierra en un pasado que parece extinto junto con la aniquilación de los pueblos ancestrales. Se pregunta el hablante: “¿dónde estará el ona? ¿dónde el chamán ruega?” (26).

Finalmente, cabe hacer mención que Eugenia Brito ha publicado a lo largo de su vasta carrera literaria, según consta en la reseña de Jámpster, ocho libros de poesía. El ocho significa fortaleza mental, energía e inteligencia. Sin duda, características que se dejan ver en la pluma de *Veinte pájaros*.

Greta Montero Barra
Universidad de Chile

